

Por otro lado, el latinista no experto en el tema disfruta con la lectura de muchos de sus apartados, tanto en las observaciones más científicas que Juan Luis de la Cerda toma frecuentemente de El Brocense y sitúa en las numerosas notas finales de los Libros III y IV, como en la propia gramática escolar, al comprobar a veces con asombro las muchas similitudes que presenta con muchas de las actuales, tanto con las más tradicionales (los ejemplos utilizados para las diferentes modelos de flexión *-dominus, templum, dies, prudens, amo, lego, audio*, etc., los esquemas de desinencias o el vocabulario final estructurado en familias léxicas) como con otras consideradas más novedosas (la inclusión y aplicación desde el Libro I de «Algunos preceptos mas comunes y faciles, para que los principiantes comiencen a hazer oraciones», p.53). En otras ocasiones le vienen a la mente recuerdos de sus primeros tiempos de estudiante de latín, como cuando de la Cerda justifica la brevedad de las normas sintácticas «porque tengan los niños menos que decorar» (p.117), o comprueba con tristeza cómo la huella latente de Erasmo y de otros insignes humanistas dedicados al estudio filológico de los textos bíblicos era todavía a comienzos del siglo XVII en España temida y atacada («Y la falta de muchos Gramaticos ha sido querer declarar por sus reglas los lugares de la Escripura y examinar si las versiones de Griego en Latin son malas o buenas, no auiendo ellos de aueriguar esto, sino solamente dar reglas para entender los autores Latinos, y dexar que declaren las cosas y locuciones de la Escripura a quien les toca y las entiende mejor que ellos», p.177).

En definitiva, como escribe el profesor Sánchez Salor en la Presentación, estamos ante «una obra importante desde el punto de vista de la historia de la Gramática en Europa», en la que su autor, Juan M^a Gómez Gómez, «ha puesto al servicio de la misma sus conocimientos tanto gramaticales como filológicos» y que, además, hace más accesible una obra fundamental en la historia de la enseñanza del latín en España.

Antonio ESPIGARES PINILLA
Universidad Complutense de Madrid

Beatriz ANTÓN – Antonio ESPIGARES PINILLA, *Adriano Junio. Emblemas*. Estudio introductorio de Beatriz Antón. Traducción, notas e índices de Beatriz Antón y Antonio Espigares, Zaragoza, Libros Pórtico, 2013, 396 pp.

La filología latina y la emblemática neolatina están de enhorabuena. Acaban de salir publicados los *Emblemata* del médico y filósofo holandés Adriano Junio o Adriaen de Jonghe (1511-1575), con estudio de Beatriz Antón, reconocida especialista en el tema, y traducción española de la misma investigadora y de Antonio Espigares, quien también ha dedicado algunas de sus mejores publicaciones a la emblemática latina.

El libro está dividido en tres partes claramente diferenciadas. En primer lugar nos encontramos con el prólogo firmado por el eminente Dr. C.L. Heesakkers, seguido de unos preliminares y el estudio introductorio escritos por Beatriz Antón (pp.11-108). En segundo lugar, nos hallamos con los *Emblemas* de Junio, traducidos y ano-

tados por Antón y Espigares (pp.109-366). Y, cerrando la obra, con unos exhaustivos y útiles índices realizados también por ambos investigadores (pp.367-396).

El volumen, en efecto, se abre con un prólogo del Dr. Heesakkers, profesor de la Universidad de Leiden y especialista en múltiples temas del Humanismo renacentista y, entre ellos, también buen conocedor de la figura y obra de Adriano Junio. En dicho prólogo nos relata Heesakkers cómo surgió su interés por Junio y nos aporta interesantes datos sobre el propio Junio y su relación con Dousa; también nos da emotiva cuenta de cómo conoció años atrás a la profesora Antón y de la inmediata interconexión profesional que entablaron por profesar admiración común y compartir intereses investigadores por la emblemática y, en especial, por Junio. Al final de su prólogo, el profesor Heesakkers reconoce a Beatriz Antón como una de las mejores especialistas en la emblemática neolatina (pp.11-20).

Siguen a este prólogo unos preliminares (pp.21-23), escritos ya por Antón, donde se exponen al lector los criterios editoriales que han regido la publicación de este libro. Se trata, en efecto, de la primera traducción «completa y fidedigna» (p.21) a lengua moderna de los *Emblemas* de Junio. Asimismo, los traductores han estimado oportuno alterar la estructura original del libro, adelantando la epístola *Al lector* (que en el original iba tras el último emblema e introduciendo los comentarios) y poniendo inmediatamente después de cada emblema su correspondiente comentario. Son modificaciones, a nuestro juicio, acertadas que facilitan la lectura del libro a un público moderno.

Se añade luego un interesante estudio que sobrepasa con creces los límites de una mera introducción y se convierte prácticamente en una auténtica monografía sobre Junio y sus *Emblemas* (pp.25-108).

Se traza primeramente un bosquejo bio-bibliográfico sobre la realidad vital y la producción literaria de Junio (pp.27-33), muy documentado y apoyado siempre en los testimonios escritos, bien de la *Vita Hadriani Iuni*, bien de su propia correspondencia. Luego la profesora Antón avanza hasta la imagen que tuvieron de Junio varios emblemáticos posteriores, tales como Sambuco, Arias Montano o Boissard, para rematar la lista de sus méritos y encomios con los datos elogiosos contenidos en la propia *Vita* (pp.34-42).

Posteriormente se hace un estudio intrínseco de los *Emblemas* de Junio (pp.43-67), abarcando casi todos los aspectos de los mismos. Se señala, en efecto, que la afición por los emblemas tuvo que llegarle a Junio tras conocer a Alciato y su famoso *Emblematum liber* (1531), a lo que hubieron de unirse las dotes poéticas que Junio poseía y su inclinación a poner sus poesías al servicio de la imagen (p.44). Y es que Junio escribió poesías de circunstancias y muchas destinadas a pintores y grabadores de la época, que las incorporaron a sus estampas, retratos y representaciones alegóricas. El resultado fue la edición póstuma de tales poemas, denominados *Pinaces*, dentro de sus *Poemata* (1598). El gusto, pues, de Junio por combinar texto y *pictura* acabó plasmándose finalmente en sus *Emblemata* (1565), cuya fecha de composición la fija la Dra. Antón a principios de la década de 1560 (p.45).

A la concepción y edición del libro de los *Emblemas* le dedica la investigadora un documentado apartado firmemente cimentado en los testimonios epistolares que conservamos (pp.45-49). Luego se pasa a estudiar la estructura y contenido de la obra

(pp.49-63), en la que se aprecian dos partes claramente diferenciadas: una primera parte artístico-literaria, conformada por un *corpus* de 58 emblemas, y otra sólo textual, que hace las veces de comentarios; y entre ambas está estratégicamente colocada la epístola de Junio *Al lector*. Y tras el examen de la estructura de la obra, pasa Beatriz Antón a examinar los contenidos del libro que, respondiendo al principio de la *docta variatio*, dejan ver «un variopinto mosaico de consejos éticos, de críticas o denuncias, de reflexiones o simples observaciones sobre la vida o sobre el comportamiento humano» (p.52).

Asimismo, atendiendo la investigadora a la disposición habitual que suelen presentar los comentarios: descripción del metro, enumeración y discusión de fuentes e indicaciones sobre el diseño de las *picturae* (p.55), se estudian en apartados independientes los metros de los epigramas (p.56), donde predominan los dísticos elegíacos; en cuanto a las fuentes (pp.57-60), ocupan lugar de preferencia los clásicos Plutarco y Plinio el Viejo, si bien la inspiración de Junio también bebe de autores medievales y de humanistas contemporáneos como Erasmo, Gesner, Giraldi, Cartari, Colonna y Valeriano; y respecto a los grabados (pp.60-63), a cuyo diseño concede el propio Junio gran importancia, piensa Antón que los dibujos y, en definitiva, la imagen pudieron ser el punto de partida de los *Emblemas*. Este interés por la imagen lleva al autor a recopilar todos los datos disponibles sobre la ejecución de los dibujos, bien para orientar a los dibujantes y grabadores, bien para que entre el grabado y los textos hubiera la mayor correspondencia posible.

Dedica también la profesora Antón unas páginas (pp.63-67) a las ediciones que los *Emblemata* tuvieron en el siglo XVI (1565, 1566, 1569, 1575, 1585, 1595 y 1596), destacando entre ellas la de 1585, en la que se añadieron cuatro nuevos emblemas; también se ocupa de las traducciones (al francés y al holandés en 1567) y posteriores ediciones que se hicieron de la obra; y se resalta, igualmente, la influencia que ejercieron en emblematistas posteriores como Camerario, van Haecht, Reusner, Whitney, Heinsio, Rollenhagen, Schoonhovieo o Solórzano, la mayoría de los cuales considera a Adriano Junio una «autoridad del género emblemático» (pp.68-73).

Por último, se ocupa Antón del *Aenigmatum libellus* (un «cuadernillo de adivinanzas») que sigue a los *Emblemata* de Junio (pp.73-78). El colofón del estudio introductorio está conformado por unas «Consideraciones finales» (pp.79-80) en las que la investigadora, consciente de la abundancia de datos que Junio poseía, concluye que el humanista debió de reducir sus fuentes y su erudición mediante una «cuidada labor de criba» (p.79), con la que estos *Emblemata* se nos muestran como una «vistosa y selectiva *farrago* de datos léxicos, filológicos, históricos, mitológicos, arquitectónicos, artísticos, zoológicos y fitológicos, y como un acervo nada desdeñable de *loci communes* y de proverbios» (*ibid.*), pero todo ello envuelto en enigmáticos artificios literarios y pictóricos, en cuya decodificación son esenciales los comentarios exegéticos del propio autor (p.80). El estudio, en fin, se cierra con una abundante y exhaustiva bibliografía, donde se recogen tanto las obras de Junio, como las fuentes y la bibliografía crítica (pp.81-108).

Pasando al segundo apartado de libro que reseñamos, la traducción y anotación de los *Emblemas* de Junio (pp.109-366), primeramente se traducen la epístola que Junio

dirige a Arnaldo Cobelio y la que Sambuco escribe a Junio; posteriormente, se añade la carta *Al lector*, que Junio había colocado justo en medio de la obra; y por último, se acomete la nada fácil labor de traducir los emblemas y los comentarios de Junio. Este trabajo de traducción y de anotación está realizado a la par por Beatriz Antón y Antonio Espigares con gran escrúpulo filológico, en una prosa que, aun estando ajustada fidedignamente al original latino, resulta elegante y se lee con facilidad. Al texto traducido le acompaña una gran cantidad de notas exegéticas, donde los traductores exhiben un gran dominio de la bibliografía más actual y realizan un riguroso rastreo de las fuentes usadas implícita y explícitamente por el humanista. El resultado es una buena traducción, exacta y sujeta a los cánones filológicos, una brillante versión que sólo resulta posible para aquellos traductores que conocen tan bien los textos clásicos como los humanísticos. Los profesores Antón y Espigares simplemente confirman lo que ya sabíamos, que son buenos filólogos y excelentes traductores.

Y, cerrando la obra, nos encontramos con unos índices exhaustivos y muy útiles: un índice de emblemas, otro de dedicatarios, otro de metros, otro de autores, otro de nombres y otro de materias, realizados todos por ambos investigadores (pp.367-396). Estos índices, sin duda, facilitan al lector la búsqueda selectiva de cualquier detalle o cuestión que se le antoje.

Gracias, por tanto, a los Drs. Antón y Espigares por obsequiar a la filología latina y, en particular, a la emblemática neolatina, con este gran libro, que sin duda dictará las pautas a seguir por todos aquellos filólogos que en un futuro pretendan estudiar, editar, traducir y anotar las múltiples obras de emblemática escritas en latín durante el Renacimiento y el Barroco. Se trata de un trabajo bien hecho y, como tal, debe erigirse en modelo. Sus responsables, Beatriz Antón y Antonio Espigares, bien merecen esa *Gloria immortalis labore parta* del emblema III de Junio.

Manuel MAÑAS NÚÑEZ
Universidad de Extremadura